

ESCRIBIR PARA NIÑOS EN VENEZUELA o la casa de los espíritus

Luiz Carlos Neves

Al haber arribado a este país, empecé a leer su literatura infantil. Al principio la experiencia fue un poco azarosa. Decidí pedir ayuda. Pregunté a varias personas quiénes eran los autores y obras. Tres fueron las respuestas. O lo que es lo mismo: el país se veía de tres maneras distintas.

Unos dijeron que la literatura infantil en Venezuela era idéntica a la de otros países, había de todo en la viña del Señor: excelencias, términos medios y mediocridades. Otros, con una sonrisa burlona me señalaron pocos nombres y títulos. Algunos me dijeron que simple y llanamente no había literatura infantil en Venezuela.

La tercera respuesta me resultó deliciosamente problemática. Yo me preguntaba: ¿Cómo puede ser que países tales como Panamá, Uruguay, Ecuador y Costa Rica reconocieran la existencia de su literatura infantil? Y eso sólo para mencionar algunos casos, de países con población sensiblemente menos numerosa que la de Venezuela.

No podía creer que aquí no existiera literatura infantil. Tales afirmaciones se deberían tal vez a la falta de conocimiento de mis informantes. Era un intento racional de explicar lo inexplicable. Pero como también soy dramaturgo, y por lo tanto un investigador de las pasiones humanas, imaginé que eso podía ser debido a los celos, a la envidia o algo por el estilo que condujera a la miopía intelectual.

La solución era buscar la respuesta por mis propios medios. Y en la medida que reunía información sobre autores y obras, me daba cuenta

de que en eventos internacionales, algunos, al contrario de defender la literatura de este país, la reducían a su mínima expresión, o sea a algo semejante al del personaje de Gianni Rodari, "El hombrecito de nada".

La escritora Victoria Ocampo, dijo en sus "Testimonios": "Los niños y los enamorados tienen de común el atribuir importancia a las más insignificantes bagatelas". Ya no soy niño, así que me encajo en la segunda opción, la de enamorado. Y decidí investigar los resultados de tales menudencias. Además como dramaturgo, me acojo a la teoría de Alfredo Jarry, autor de UBU REY: "Lo verdaderamente interesante no son las leyes sino las excepciones".

Releí a Borges, quien en su texto "La muralla y los libros" reflexionaba sobre el Emperador chino Shih Huang Ti. Ese emperador ordenó la construcción de la Gran Muralla. Asimismo dispuso la quema de todos los libros, anteriores a él. La quema de los libros es la que me interesa. Tal medida tuvo como propósito la abolición de la historia. Seguramente el emperador había querido recrear el principio del tiempo y por eso se llamó Primero. Y ordenó que sus herederos se llamaran Segundo Emperador, Tercer Emperador y así hasta el infinito.

El deseo de ser el primero es demasiado seductor. Y es recurrente en la historia política. En el mundo de la literatura eso es un poco más difícil. A no ser que fuésemos emperadores y escritores al mismo tiempo. Sin embargo, los absolutismos tienden a desaparecer. En el caso de Venezuela vivimos en una democracia. El Ex-Presidente de la República obtuvo el Premio Andrés Bello de 1935 y no ha pretendido autodenominarse "El Primero".

Sin embargo, la tentación existe, la de pensar: *antes de mi la nada, después de mi el caos...* Sublime tentación. ¿Y de qué manera ese conato de desprecio de la literatura infantil me ha impactado?

Si pensamos como los que desdeñan la literatura infantil en Venezuela, podemos llegar a situaciones ficcionalmente encantadoras. Por ejemplo, si no existe una literatura infantil en Venezuela, ¿qué soy yo? Ser escritor aquí implicaría el riesgo de transformarse, de pasar de persona a personaje de ficción; en otras palabras, pasar de ser humano a hombre invisible, fantasma. Para un ser humano común y corriente eso de metamorfósearse en chiripa kafkiana invisible puede parecer aterrador. Para un escritor, es cautivante. Al fin y al cabo, crear es soñar, con sueños y pesadillas.

Y daba origen al

Oficio de fantasmas escritor.

No confundir el escritor fantasma (ghost writer), con el fantasma escritor. El escritor fantasma escribe para otros de sus pares. Así, por ejemplo en los tiempos de la persecución macartista en los Estados Unidos, a muchos escritores les fue prohibido publicar. Pero no se les podía impedir que escribieran. Lo hacían y otros firmaban por ellos.

El fantasma-escritor es una categoría creada por estos lados. Situarse en este contexto era seductor: si la literatura infantil no existiera, yo -al escribir- pasaría a la galería de los fantasmas-escritores (condenados a las regiones arcanas de la alteridad forzosa). Pero si se diera la otra posibilidad, si la literatura infantil realmente no existiera, yo pasaría a ser uno de sus precursores, lo que sería por lo menos genial. (Ustedes pueden aquí identificar una tendencia a emperador chino).

Si mi posterioridad era ser fantasma, mejor ser varios fantasmas. Por lo menos tendría con quien hablar. Si mi destino era ser precursor, entonces que por lo menos fuese varios. Y me acordé del trozo del Nuevo Testamento: "unas personas pidieron a Jesús que él exorcizara a un poseído. Jesús asintió. Le trajeron el endemoniado. Jesús

preguntó al demonio cómo se llamaba. Y oyó una voz: "Mi nombre es Legión, porque somos muchos." Todo lo que sea literario me atrae, así que llegué a ser Legión.

Empecé por el cuento, pasé al teatro, en seguida a la novela, después a la poesía en un torbellino de tiovivo. Intenté un sinfín los puntos de vista, ensayé tantas tramas cuantas fuesen posibles. Navegué por los caminos melancólicos y bogueé por los senderos de la risa. Frecuenté tarimas, bambalinas y entretelones. Leí y oí poetas. Jugué al saltimbanqui en escuelas, bibliotecas y plazas. Caminé por las calles de Caracas, me dejé impregnar por el paisaje urbano. Viajé a las montañas más altas del país, para después hacerme tatuar de niebla y páramo.

La apuesta todavía no ha terminado. Es cautivante leer un cuento de espanto y aparecido; es encantador escribir un cuento de espanto y aparecido; es irresistiblemente atrayente ser un espanto y aparecido.

Pero un escritor no sólo escribe sino que también debe

Reflexionar sobre la escritura.

El otro corolario lógico de la inexistencia de una literatura es el de la inexistencia de la investigación. Pues me di cuenta de que si existían investigadores y teorías. Me pregunté, antes de leerlos: ¿a qué categoría pertenecerán? Y razoné: si nosotros escritores somos fantasmas, los investigadores serán los cazafantasmas.

Pero seguía con un problema: si existían investigadores de literatura infantil es porque existía una literatura infantil. Esa era la forma de razonar de los navegantes en los tiempos de las carabelas, mencionada por Angel Rosenblat: "Si existen tritones, hay sirenas". Si no, ¿qué investigarían ellos? Y los investigadores no sólo existían, sino que exigían para sí más respeto que el debido a los propios creadores.

Aunque algunas veces se apoderaban de literaturas ajenas, como en el caso de una guía telefónica de autores latinoamericanos donde figura Rubén Darío como escritor venezolano. ¿Cómo se explica ese hallazgo? ¿Cómo se ha logrado esa pirueta literaria? A decir verdad, la técnica no es nueva. Borges, en el texto "Pierre Menard, autor del Quijote" lo explica:

Menard "No quería componer otro Quijote -lo cual es fácil- sino *El Quijote*. Inútil agregar que no encaró nunca una transcripción mecánica del original, no se proponía copiarlo. Su admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran -palabra por palabra y línea por línea- con las de Miguel de Cervantes". Lo que ocurrió aquí fue algo similar. Un señor venezolano de nombre Rubén Darío tuvo la admirable ambición de producir unas páginas que coincidieran -palabra por palabra y línea por línea- con las de su homónimo nicaragüense Rubén Darío. Y lo ha logrado.

El afirmar la existencia de la investigación literaria sin admitir la existencia de la literatura da origen a un contrasentido maravilloso: la causa posterior al efecto. O todavía más desacostumbrado: el efecto sin causa.

Pero volvamos a la causa posterior al efecto. Estábamos en una situación en que la vida imita al arte... ¡Qué país hechicero! Hasta los investigadores eran creadores de ficciones.

Para un escritor, nada mejor que entrar en el dominio de los espejos, de los laberintos y de los senderos que se bifurcan. Decidí hacerme investigador. Por lo menos para poder lograr hablar de mi ombligo o intentar un poco de visibilidad. Si como escritor soy invisible, por lo menos lograrán verme como investigador... ¿Logran ustedes verme en este momento o todavía soy una fantasmagoría?

Al hacer un estudio de la dramaturgia infantil venezolana, solamente desde principios de este siglo hasta el presente, logré leer más de doscientas obras de teatro infantil, pertenecientes a más de cuarenta dramaturgos locales. Incluso conseguí rescatar un manuscrito de una obra para niños del año 1903. Todo eso gracias a las bibliotecas-espectro y libros-espantajo.

No contento con escribir y, reflexionar sobre la escritura, el espectro que les habla decidió también

Enseñar a escribir.

Uno de los compromisos del escritor es con sus semejantes. Y me propuse dictar talleres de Escritura Creativa. Pero hay personas que se me acercan para ejercer su derecho a la protesta. No logran aceptar que yo dicte talleres de Escritura Creativa.

Al principio, como si nada, me atacaban por los flancos:

-¿Tú no temes crear cuervos?

Y yo respondía:

-¿Cómo? ¿Yo no soy un fantasma de escritor? De esa manera, lo máximo que podría crear son fantasmas de cuervos...

En seguida cambian de táctica (por la retaguardia):

-Pero el talento no se enseña.

Y yo..

-Chico, los gringos tienen hasta doctorados en "Escritura Creativa" ¿y tú vienes todavía con esos argumentos jurásicos?

Finalmente, usan el ataque frontal:

-Aquí ya no hay espacio para más escritores...

Pero no me amilano.

-Me han dicho en varias oportunidades que aquí en esta tierra no hay escritores ni obras. Así que mal pueden ellos, los escritores noveles, hacerte sombra. Además, si hay sombra, disfrútala...

Para llegar al placer de la lectura, es necesario pasar por el placer de la escritura. Y sigo adelante en mi tarea de formar escritores. Una de las primeras lecciones que les doy es la de empezar a acostumbrarse a su naturaleza fantasmal.

Conclusión.

Así, los que bromean sobre nuestra literatura funcionan como bombas de achicar, y nos tratan como si fuésemos endeble apariciones. Sin embargo, el escritor por su naturaleza indagadora y preguntona pasa de la condición de pobre diablo a la de fantasma ontológico, a la de un ectoplasma hamletiano.

¿Ser o no ser? Esa pregunta pertenece al personaje teatral y también al escritor. Pero la pregunta *¿Escribir o no escribir?* no pertenece al repertorio del autor. Es por esa razón que se escribe en los jardines y en los campos de concentración, en las plazas y en las cárceles, en el baño y en la alcoba, en la oficina y en el autobús.

El paso por el territorio de lo intangible es un ejercicio succulento de exilio en la otredad. Para el escritor, todo lo que acaece es materia de memoria tangible, de disquisiciones gustosas y sobre todo de júbilo en la ficción

Además del cuento y de la novela, he incursionado en el teatro y en la poesía. Y también he apoyado a personas, niños y adultos, con vocación escritora. Es mi compromiso con este país. Es mi compromiso con su gente. Y sólo para mostrarles lo azaroso y aleatorio del proceso creador, les leeré un poema del octogenario Carlos Augusto León, escrito a la edad de trece años:

Vida mía,
serás

rítmica,
pura,
pulida...
Cuando me vaya
le diré al futuro:
ahí está ese poema.

Gracias poeta-niño por esas palabras que son un testigo de una vocación temprana.

Así, el sueño del escritor es intentar, a pesar de los fabricantes de fantasmas, aportar un estilo a la vida.

Para que la vida no sea tan sólo escritura sino la vida misma sea una poética.

No planteo la necesidad de escribir una *Historia de la Literatura Infantil en Venezuela*, sino dos, tres, varias historias. Es lo deseable, para la confrontación de puntos de vistas distintos. Es necesario, pero no estoy aquí para exigirles que lo hagan. Simplemente para comunicarles que yo sí lo haré, ante ese cuadro vergonzoso de resistencias al reconocimiento de una historia que sí existe. Y quiero terminar con las palabras de un dramaturgo del siglo XIX, al desear que sus piezas "contribuyan a labrar los fundamentos del teatro nacional, ya que para los cimientos, no se requieren piedras preciosas, ni granito artísticamente tallado, sino que también son adecuadas piedras toscas como las que aquí ofrezco" (Manrique - 1892).